

## RED DE AFINIDADES E INVERSIONES. CERVANTES Y KAFKA EN LANDERO<sup>1</sup>.

Por *Analía Vélez de Villa*

**E**stablecemos una filiación entre los personajes literarios creados por Luis Landero y los héroes cervantinos y kafkianos. Todos conviven en el universo del narrador extremeño. Nuestro desafío consistirá en advertir cuál es la red de afinidades e inversiones. Al establecer comparaciones entre los personajes de Landero, Cervantes y Kafka, concluimos junto con Marthe Robert y Rodolfo Modern en que Gregor Samsa, Joseph K o K. son contrafiguras de don Quijote.

Marthe Robert (1975), en *Lo viejo y lo nuevo*, compara al protagonista de *El Castillo* con Don Quijote de la Mancha y traza una serie de caminos paralelos y de encuentros entre estas dos obras en apariencia tan diferentes.

Rodolfo Modern (1986) no duda que los seres de Kafka poseen una chispa quijotesca en su lucha contra las condiciones adversas que se les oponen. Anota que el escritor checo se sintió particularmente impresionado por Don Quijote y su singular compañero: lo cual revela un curioso y sugestivo texto póstumo titulado por Max Brod “La verdad sobre Sancho Panza”.

También a Juan José Saer (1999) le atrae la posibilidad de parangonar ambos modelos clásicos. Saer advierte desplazamientos similares entre Don Quijote y el agrimensor. Observa que ambas carreras no implican ningún avance, acumulación o enriquecimiento, ni en el sentido material ni en el sentido espiritual del término, y que, por lo tanto, su progresión no tiene prácticamente ninguno de los atributos del desplazamiento épico.

Pero el objetivo de este trabajo no consistirá en sistematizar las tres posturas, sino que buscará develar algunos de los aspectos cervantinos y kafkianos, estu-

---

<sup>1</sup> El presente artículo comprende el texto completo de la ponencia llevada a cabo en el VII CONGRESO NACIONAL DE HISPANISTAS. Hispanismo: discursos culturales, identidad y memoria. 19, 20, 21 y 22 de mayo de 2004. Tucumán, Argentina.

diados por Marthe Robert y Rodolfo Modern, principalmente, que son decisivos para comprender mejor la narrativa landeriana.

El hidalgo cervantino y el empleado kafkiano animan una tercera versión o contrafigura: Gregorio Olías, el oficinista andante de *Juegos de la edad tardía*, germen o cifra de todos los otros personajes de Luis Landero: Belmiro (*Caballeros de fortuna*), Matías Moro (*El mágico aprendiz*), Emilio (*El guitarrista*) y Manolito (*Entre líneas: el cuento o la vida*). Todos ellos se largan a los caminos para poner en acto un ideal.

Tanto Gregorio (personaje de Landero) como Gregor (personaje de Kafka) se transforman después de un sueño inquieto y actúan, de entrada, como si estuvieran sumergidos en una especie de mareo que los privara de la lucidez necesaria para conducirse de un modo adecuado entre las personas y las cosas. Modern señala que Joseph K. y Gregor Samsa no terminan de despejarse y que hay en sus luchas por afirmarse, por cobrar dignidad, una especie de velo que los envuelve y les impide encarar la realidad tal como es. Repara en que ese vagabundaje sonámbulico es un literalmente “no darse cuenta” o, si se prefiere, un contacto persistente con lo que no es cierto, con lo falso. Esta característica de los personajes kafkianos es aplicable a los personajes landerianos. Así vemos cómo el peregrinaje de Gregorio Olías está marcado por una noche confusa y un despertar fatídico, el de la mañana del 4 de octubre. En el primer tramo del engaño a Gil, el protagonista transita su vida, dormido pero con ciertas aptitudes para ejecutar su trabajo y para desenvolverse dentro de los límites familiares. A medida que avanza en proezas, le sucederá lo mismo que a Samsa: ya no podrá asumirse ni asumir el mundo. Tres salidas estructuran el relato, y cada una lo aleja un poco más de la claridad de la rutina inicial.

El despertar a una nueva vida está estrechamente trabado con el tema de la lectura como medio de revelación, de transfiguración del mundo y de transformación de la persona. Como observa Saer, esta situación ya existía antes de la aparición del *Quijote* pero es en el texto cervantino cuando alcanza su plenitud, para seguir desarrollándose después, a lo largo de la literatura occidental. Saer nota, también, que la lectura y la fe ciega en lo que se lee están profundamente ligadas al tema de la locura. Esta indagación nos conduce a establecer similitudes fundamentales: en *Juegos de la edad tardía* hay tres libros citados en el primer capítulo que determinan el destino del protagonista. Ellos son: un diccionario, un atlas y una enciclopedia. En *El mágico aprendiz* hallamos a Pacheco, un personaje amante de la bibliografía del *marketing*, que repite una sentencia: “Es de libro” para avivar con ella, la aventura comercial, que sustentará toda la novela. Los textos son siempre los agentes de cambio, sin ellos no se arriesgarían ni Gregorio ni don Quijote ni Pacheco.

Coincidimos con Marthe Robert en que con varios siglos de distancia, *El castillo* de Kafka difunde de la misma manera quijotesca la peligrosa pregunta

que Cervantes tuvo la audacia de hacer y que después de él ha continuado siendo para toda la literatura una eterna fuente de problemas: ¿Cuál es el lugar de los libros en la realidad? ¿Son absolutamente verdaderos o de una manera muy relativa, y si lo son, cómo demuestran su verdad? Para Robert,

“si los libros son verdaderos, no pueden serlo sin acarrear consecuencias; de una manera o de otra tienen que hacer triunfar su verdad, y demostrarlo cambiando la vida”.

El lugar de los libros es tan determinante en el *Quijote* que Michel Foucault ha dado un paso más al afirmar que Don Quijote tomó su realidad del lenguaje y que la realidad permanece por completo en el interior de las palabras:

“La verdad de Don Quijote no está en la relación de las palabras con el mundo, sino en esta tenue y constante relación que las marcas verbales tejen entre ellas mismas. [...] *Don Quijote* es la primera de las obras modernas [...] porque en ella el lenguaje rompe su viejo parentesco con las cosas para penetrar en esta soberanía solitaria de la que ya no saldrá”.

O como lo dice Luis Landero en *Entre líneas: el cuento o la vida*, don Quijote es el primero que entra en el laberinto de papel, y hace de él su casa natural.

¿Cuál es el lugar de los libros en la realidad? he aquí el interrogante que da vida a este original texto, que combina el ensayo y la narración poética. Allí se nos advierte que hay un conflicto insoluble:

“Lograr que la literatura y la vida se confundan, lleguen a ser la misma cosa, puedan ser afrontadas con el mismo sentimiento de realidad y de plenitud, que el mundo objetivo y el imaginario formen una sola entidad, que acción y pensamiento se armonicen en un único envite: tal es el sueño imposible que muchos persiguieron y que quizá nadie alcanzó, y cuyo temblor existencial y metafísico llena de tensión, de entusiasmo y de melancolía tantos y tantos libros”.

Sin embargo, muchos son los personajes que se afanan por el sueño imposible de hacer que la literatura sea consubstancial a la vida: éste es el punto neurálgico donde se entrecruzan el héroe cervantino, el landeriano y el kafkiano. Ellos persiguen objetivos que tienen vida sólo en el interior de las palabras, pues son absolutamente inconsistentes en la realidad empírica. Saer afirma que la meta que se propone todo héroe de epopeya es precisa y, aunque difícil, alcanzable por definición, pero que para don Quijote no existe ningún objetivo. Señala, también que esta situación, característica del *Quijote*, funda uno de los aspectos principales de la literatura moderna, y contribuye al desarrollo de una nueva visión del mundo —específica de nuestra época— que podríamos describir como una moral del fracaso.

Saer —respaldándose en Robert— llega a declarar que esta moral del fracaso, salvo algunas rarísimas excepciones, es la moral de toda la literatura occidental genuinamente representativa. Generaliza y sostiene que

“el fracaso que evoca de un modo obsesivo la literatura moderna no es únicamente individual ni se verifica únicamente en la sociedad y en la historia, sino que es metafísico y universal”.

Nos preguntamos si el fracaso, en la novela moderna, es el único horizonte posible para el hombre, pues si bien es cierto —como observa Saer— que en la literatura moderna hay una constante confrontación entre la realidad empírica y la versión ideal de la realidad, y que de ello naturalmente deviene una moral del fracaso, también es cierto que los personajes landerianos —inspirándose precisamente en don Quijote— nos permiten realizar otra vuelta de tuerca: Hay un episodio que funciona como *leit motiv* dentro del corpus de las obras de Landero y que nos da la clave para matizar esta incisiva teoría acerca de la moral del fracaso. Nos referimos al capítulo XLI de la segunda parte de *Don Quijote de la Mancha*, cuando el caballero y su escudero están montados en el caballo Clavileño. Recordemos que es entonces cuando Sancho desliza la sospecha de si no serán víctimas de una burla cruel, a lo que don Quijote responde:

“y puesto que todo sucediese al revés de lo que imagino, la gloria de haber emprendido esta hazaña no la podrá oscurecer malicia alguna”.

Toda la narrativa de Landero halla su justificación en este episodio quijotesco tantas veces referido por Luis Landero. El narrador devela su pensamiento en un ensayo interesantísimo llamado *El oficio de escritor*. Leemos:

“Pero lo importante, lo único en verdad importante, es dejarse el alma en el intento desesperado y gozoso de decir lo indecible, o como lo decía Faulkner: de igualar el sueño, de alcanzar lo inalcanzable. O dicho de otro modo: de fracasar, pero gloriosamente”.

Hallamos aquí una inversión interesante en esta red de comparaciones, ya que aunque concordamos con Marthe Robert en que Don Quijote está destinado a una continua derrota, no creemos que el fracaso, sin más, sea el puerto al que deban arribar los personajes de Landero. Tal vez sea cierto que los personajes cervantinos no se desaniman porque en el fondo no esperan nada, tal vez sea cierto que saben muy bien que sus proyectos son tan irrealizables como necesarios... También los personajes landerianos están llamados a ejecutar designios quiméricos que ellos creen auténticos, pero es en el fracaso donde hallan una gloria paradójica y verdadera. Objetamos, pues, lo que tanto Robert como Saer interpretan acerca de la moral del fracaso: si bien es incuestionable que con *don Quijote* se

da comienzo a la era “moderna”, una era atormentada, inquieta, llena de luchas y querellas, una época signada por el fracaso, también es cierto que la obra de Cervantes y la de Landero caben mejor dentro de los parámetros de la “filosofía del afán”, que dentro de las variables de la “filosofía del fracaso”.

Sostiene Modern que los héroes de Kafka son seres comunes. Nunca dicen algo brillante, no son dueños de un ingenio destacable. Tampoco sus actos son desaforados, extraordinarios, heroicos, demenciales. Compartimos con Modern que son las entrelíneas las que cuentan aquí, las hipótesis infinitas para llegar a soluciones inalcanzables. De igual modo, podríamos afirmar que los héroes landerianos son tan comunes, que desarrollan sus vidas lejos del éxito, próximos al fracaso, pero siempre, e irremediamente, en la gloria del intento.

En otro orden de cosas, Marthe Robert hace hincapié en un aspecto fundamental del personaje cervantino: el del sentirse obligado a interpretar las cosas por no reconocer lo que ellas son. Robert señala que don Quijote, en vez de ver las cosas, de sentir las y de captar sus relaciones inmediatamente, las compara con un modelo preconcebido, con el objeto de aceptarlas o rechazarlas según concuerden o no con sus recuerdos.

“Todo ocurre como si don Quijote no hubiera visto nunca los objetos más corrientes; una bacía de barbero, por ejemplo, lo saca de quicio, se pasma ante una procesión, las cosas más triviales lo desconciertan [...] En suma, las cosas imperceptiblemente se han trastocado: mientras los libros se iluminan con el resplandor de todos los conocimientos que han ido acumulando en el transcurso de los siglos, la realidad se convierte en un libraco ilegible”.

El señor Rodó, personaje de *El guitarrista*, es un escritor que conduce al personaje principal por las salas de una Biblioteca Nacional. En ese viaje devela las causas principales del desconcierto o de la admiración que provocan las cosas más simples en la sensibilidad de un poeta. Él define a un escritor por esa mirada especial sobre las cosas:

“En realidad, no hay que razonar mucho sino mirar mucho. Y relacionar unas cosas con otras [...] tender puentes entre ellas, abandonarse a las sugerencias... ¿Cómo podría decirte? Por ejemplo, puedes mirar esta mesa, con nosotros aquí, como si fuese un cuadro que ha pintado un artista según una intención y un orden, y que ahora tú tienes que analizar y desvelar”.

Son muchos los personajes landerianos que ven la realidad desde un ángulo insólito, que poseen “el don de singularizar lo que ven” (como dice el señor Rodó). Son muchos los personajes que poseen una psiquis creadora, poética e incisiva.

Los personajes landerianos y kafkianos son víctimas de la interpretación permanente. En *Caballeros de fortuna* nos encontramos con un narrador audaz:

un observador colectivo en primera persona plural, que obra como interpretador y comentador de los sucesos pueblerinos. Los interpretadores son aquí un grupo de media docena de “observadores imparciales” que pasan las jornadas alineados en un banco de piedra.

Los ejemplos se multiplican. Todos los personajes landerianos tiene sed de interpretar, de conocer la verdad, de espiarla aunque ella se muestre controvertida y plural. Para Robert, todas las aventuras de don Quijote resultan, sin excepción, de la necesidad que el caballero siente de interpretar las cosas allí donde los demás están seguros de sí mismos.

“Persuadidos de poseer informaciones fidedignas y, claro está, ideas justas. Los demás se fían de sus percepciones y no dudan ni por un instante de la solidez del mundo; don Quijote, en cambio, lo ve al revés y, cuando percibe correctamente los objetos —lo cual le sucede más frecuentemente de lo que imaginamos—, saca de su percepción conclusiones perfectamente aberrantes, al menos para el sentido común”.

Observa Robert que, a veces, Don Quijote reconoce perfectamente lo que se presenta ante sus ojos, pero interpreta la situación según las necesidades de la suya, modificando automáticamente lo que ve. Sin embargo, la mayoría de las veces, su error no es una ilusión de los sentidos o un fenómeno alucinatorio, sino que se debe a las analogías que le sugiere el código caballeresco y sin las cuales nuestro héroe no sabría literalmente qué hacer o pensar. Así también los personajes de *Juegos de la edad tardía* y de *El mágico aprendiz* reconocen la inmediatez, pero modifican sus interpretaciones sujetándose a la predeterminación de sus propios códigos. Asistimos al auto-engaño de los personajes, que se nutren más de las quimeras que de las evidencias. (Resulta muy original la idealización del mundo de las finanzas y del *marketing* a la luz del narrador de *El mágico aprendiz*).

Tal como ha observado Robert —en relación con *El castillo*—, tampoco la aldea humana es menos misteriosa que la jurisdicción invisible de la cual depende; todo es engañoso y desilusionante y está sometido a continuas metamorfosis. A cada instante K. es traicionado por sus sentidos, si las cosas cambian de forma ante sus ojos, las palabras y los sonidos le llegan a veces deformados. También Gregorio Olías y Matías Moro van de espejismo en espejismo y no pueden fiarse de nada, ni de lo que les dicen, ni de lo que ven ni de los que sienten... Todo resulta hipotético y digno de ser interpretado.

Las hipótesis interpretativas de K son todas igualmente plausibles e igualmente inverificables. Para controlarlas no tiene ningún criterio seguro, ningún hecho exterior debidamente establecido, pues él no tiene nada en común con el mundo que lo rodea. Es un extranjero en el sentido absoluto de la palabra, no solamente con respecto a esta aldea, sino con respecto a todas las aldeas y todos los lugares del mundo.

Los personajes landerianos y kafkianos son extranjeros, también, en el ámbito del trabajo. En *La metamorfosis* se plantea el conflicto de las relaciones laborales y familiares (recordemos que en ese relato, el empleo se convierte en una maldición enajenante). Los personajes landerianos optan por habitar en un sueño antes de dejarse morir. Palpamos su incapacidad para vivir (si entendemos por vivir, una adaptación o resignación a la “aldea”). En *El mágico aprendiz* un grupo de oficinistas rompe con las reglas de la aldea y se lanza a una gesta imposible: la conquista del mundo empresarial. Para estos nuevos héroes, los grandes empresarios son los hércules de la mitología moderna.

El cotejo de realidad e ilusión no solamente provoca la fascinación de la interpretación sino que alimenta otro gran tema: el de la interacción de la realidad y la ficción.

En *Lo viejo y lo nuevo*, Marthe Robert examina al personaje K y concluye en que por más que desconfía de las imágenes ideales ligadas a su soledad, casi siempre cede a su fascinación, y de los dos programas entre los cuales vacila —uno realista: ser en la aldea un simple obrero y mezclarse con sus habitantes; el otro, puramente quijotesco: ir inmediatamente al Castillo para encontrar la ley absoluta que le dará un sentido a su vida—, es el segundo el que lleva todo el peso en la novela. Robert enuncia que su espíritu lo lleva hacia la aldea, un lugar áspero y frío del que sólo espera una desilusión saludable, pero su alma lo arrastra en la dirección contraria, hacia un castillo dudoso del cual espera, a pesar de todo, la felicidad. Los lectores de *Juegos de la edad tardía* y de *El mágico aprendiz* no podemos menos que extender esta red de afinidades a los personajes landerianos, puesto que ellos también se encaminan hacia castillos dudosos portadores de felicidad.

Estos dos espacios, el de la realidad inmediata de la aldea y el de la ilusión del castillo, estructuran la novela de Kafka. De igual modo los personajes landerianos quedan flotando entre esos dos mundos, el de los molinos de viento y el de los gigantes.

Es Francisco Ayala quien repara en el problema de la distinción entre realidad y sueño. Sostiene que percibido con mayor o menor claridad, tratado más o menos a fondo, el tema estuvo presente siempre en la conciencia humana. Sin embargo, observa también, que es la época barroca, obsesionada por el movimiento del engaño y desengaño, la que con mayor profundidad trató del problema, tanto en el plano poético como en el de la especulación intelectual. Los textos landerianos vuelven sobre esta temática, medular en el Quijote, y lo hacen desde una perspectiva nueva pues integran el sueño a una realidad fragmentada y múltiple. La verdad y la mentira dejan de ser polos opuestos. Ya Cervantes, en el episodio de la cueva de Montesinos, dentro de ese espacio simbólico y encantado, había admitido que Durandarte estaba simultáneamente vivo y muerto.

Para Robert una de las ironías de *El castillo* es cómo un héroe en búsqueda

del ideal puede pasar buena parte de su tiempo hablando con toda seriedad de ropas y telas. K. le atribuye un valor simbólico a la indumentaria. Así también los personajes de Landero, como nuevos quijotes, se revisten con el vestuario adecuado para representar un rol (éste es uno de los aspectos más notables en su primera novela). La escenografía, la utilería, la vestimenta son aspectos a tener en cuenta a la hora de abordar *Juegos de la edad tardía*, pues en este texto, el teatro reemplaza magistralmente a la vida.

Podríamos sintetizar la desazón o falta de adaptación de los tres prototipos, diciendo: que “ni don Quijote ni K. ni Gregorio Olías son de aquí”. Esto explicaría —siguiendo a Robert— “la desproporción entre sus esfuerzos y lo escaso de sus resultados, así como también su sentimiento de encontrar únicamente misterios y enigmas en lo que para los demás es completamente normal”. Nosotros creemos que sus actos desproporcionados se justifican a partir de la paradoja. Sólo superando la antítesis, podremos ver la verdad que nos propone Landero de un modo auténticamente nuevo.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Landero, Luis. *Juegos de la edad tardía*. Barcelona. RBA. Narrativa actual. 1989.
- *El oficio de escritor*. Asociación de profesores de español. Madrid. 1994. Cuadringentésimo tercer aniversario de la muerte en Úbeda del excelso poeta Juan de la Cruz.
- *Caballeros de fortuna*. Barcelona. Tusquets. Fábula. 1996.
- *El mágico aprendiz*. Barcelona. Tusquets. Andanzas. 1999.
- *Entre líneas: el cuento o la vida*. Barcelona. Andanzas. 2001.
- *El guitarrista*. Tusquets. Barcelona. Andanzas. 2002.
- Ayala, Francisco. *Realidad y ensueño*. Madrid. Gredos. 1963.
- Foucault, Michel. *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. Buenos Aires. Siglo veintiuno editores Argentina. 2002.
- Modern, Roberto. “Gregor Samsa, contrafigura de don Quijote” en: *Autores alemanes de los siglos XVIII, XIX y XX*. Buenos Aires. 1986.
- Robert, Marthe. *Lo viejo y lo nuevo*. Venezuela. Monte Ávila Editores Latinoamericana. 1993.
- Saer, Juan José. “Líneas del Quijote”, en *La narración-objeto*. Buenos Aires. Seix Barral. 1999.